

Los proletarios no tienen nada que perder sino sus propias cadenas y tienen un mundo por ganar. La palabra crisis está ya en boca de todos. Una crisis que, más allá del aspecto financiero, es una crisis compleja del sistema capitalista, el cual no consigue por ningún medio nutrir más a sus esclavos y prepara la guerra: la única solución que tiene para destruir bienes y hombres sobrantes y recomenzar un nuevo infernal ciclo productivo como después de las dos guerras mundiales precedentes. Esto es un sistema demente y antisocial que tiene que ser lo antes posible destruido, también porque el planeta no podría seguir soportando durante mucho tiempo la devastación que se le viene imponiendo día a día. Mientras tanto los trabajadores deben salvaguardar sus ya miserables condiciones de vida, que empeoran continuamente. La crisis acelera tanto la tendencia de la burguesía a acentuar las formas de explotación más brutal, como la tendencia a someter a las exigencias del capital la vida laboral entera de cualquier individuo, traspasando también los confines del proletariado industrial. Sobre todo el planeta se ha obligado a seguir la misma música infernal dirigida por un único director: El Capital. Entonces, en los países de más antigua industrialización, se aumenta la explotación de los trabajadores con los recortes de los salarios, la intensificación de los ritmos laborales (la jornada) y con el aumento del coste de los bienes más esenciales para la vida y la salud. En la otra parte del planeta la fuerza del trabajo está sometida a unas condiciones de trabajo que nos recuerdan las del siglo XIX y en el caso que el proletariado accione una blanda rebelión, la burguesía pone en marcha una feroz represión, que anuncia la que vendrá en cualquier parte, en mucha mayor medida, cuando el proletariado sea obligado a moverse bajo las condiciones opresoras que se preanuncian. Es bueno que los trabajadores se preparen para esto con tiempo, organizándose. En los países desarrollados expresiones como pleno empleo, nivel de vida en continuo crecimiento y el así llamado estado social son ya un lejano recuerdo. Nada podrá restablecer aquella situación que era típica de un capitalismo todavía en expansión, mientras, en cambio, desde hace décadas dura su crisis económica intentando ralentizarla, eliminando todas las compras improductivas, en la práctica todo lo que no tiene relación directa con la producción, asaltando incluso las pensiones de los jubilados. Todo esto parece evidente como es del todo inútil e impotente la concepción y la práctica del reformismo y de sus viejas estructuras sindicales y políticas, o sea la de buscar una utópica convivencia con el capitalismo, a cambio de la participación en su desarrollo. Esto no es posible ni siquiera en una medida limitada, como podía serlo en el pasado. Haber presentado esta crisis por parte de los intelectuales del pensamiento dominante, poniendo el máximo acento, hasta el aburrimiento, sobre la dimensión financiera, sirve solamente para esconder los verdaderos motivos que impiden el "normal" funcionamiento del sistema y esto es la imposibilidad de producir beneficios adecuados a los capitales invertidos y el mantenimiento del proceso de valorización del capital, única finalidad del sistema. Estos intelectuales, como falsos moralizadores, no titubearon en encaminar el descontento popular contra los políticos incapaces, los fantasmas especuladores, estilo Soros, y los banqueros a lo Goldman Sachs, responsables de "la finanza creativa y especulativa que corta el trabajo y aniquila los ahorros". Así denunciábamos, a través de los medios de todo el mundo, a los supuestos "especuladores", sin decir no obstante que estos no son otros que los grandes empresarios, los bancos y las instituciones financieras de sus mismos países. Todos esos son en realidad ejecutores bien pagados de un sistema de producción que se llama capitalismo. No existe un capitalismo bueno hecho por emprendedores honestos y uno malo hecho de especuladores financieros, los dos sectores están completamente interconectados y ésta es la única forma que el sistema puede tener. Además, en esta fase de capitalismo senil, prevalece el aspecto financiero sobre el productivo. El capital, como un yonki con el mono, busca desesperadamente su dosis cotidiana de auto valoración, yéndola a buscar a la Bolsa, donde no se crean valores, sino que se reparte aquello que ha sido creado a nivel de la producción. Esto es como un muerto que todavía camina. La crisis es de tales dimensiones que, más allá de la coyuntura, está comportando incluso una reorganización del Estado y de la modalidad de intervención de la clase dominante, que se prepara para el inevitable choque contra toda la sociedad. Agarrarse a la idea engañosa y utópica de que las medidas adoptadas por los estados dependan de la exclusiva voluntad de quien gobierna, es sonoramente desmentida por la completa homologación de los programas gubernativos sean del color que sean, y por cuanto atañe

a Italia, de la abierta colaboración de centro, derecha e izquierda, unidas en la defensa de los intereses del capital nacional, en el compartir el apoyo al así llamado “gobierno técnico” Monti. No existen gobiernos buenos o malos. Existe solo el gobierno del capital. El desempleo es el fenómeno más evidente de la crisis. Un grandísimo número de trabajadores ha perdido ya el trabajo o está en proceso de perderlo en un futuro muy próximo, una vez finalizada la ayuda al desempleo (o integración), se encontrará sin ningún tipo de reserva, más que sus propios ahorros y una vez extinguidos éstos, no queda más que miseria e indigencia. La única acción que los sindicatos subvencionados, completamente al servicio del sistema, ponen sobre la mesa, es la movilización, fábrica por fábrica y de un modo aislado, por el rescate de los “puestos de trabajo”, esto es de la fábrica y por el mantenimiento de su continuidad productiva y comercial. En una situación que desde hace años el mismo sindicato siendo cómplice, ha precarizado a muchos sectores laborales, los trabajadores ven la fábrica no como un lugar de esclavitud salarial, sino como un último refugio. Para “salvar la fábrica” los trabajadores se encadenan a las instalaciones, salen sobre las chimeneas, las ocupan, se preguntan por el mantenimiento de todos los comprendidos en las jerarquías eclesiásticas, buscando hacer presión para que el Estado, la Región, la Comunidad intervengan para favorecer la imposible continuación o la reanudación de la producción con incentivos fiscales públicos y seguir así. Esto hace que, si la defensa de los trabajadores pasa por la defensa de la fábrica, no quede otra que la defensa de la fábrica y basta. Esto obliga a los trabajadores a someterse a una intensificación de la explotación, a la reducción del salario y al despido de una parte de ellos. Hasta que los problemas se vuelvan a presentar de forma más grave todavía. Ninguno de los sindicatos nacionales que se ocupan solamente de salvaguardar la economía nacional y que se declaran sin vergüenza responsables del buen funcionamiento de los negocios capitalistas, pide que sea asegurada la vida de los trabajadores independientemente del fin que pueda tener la fábrica. De hecho han abrazado el punto de vista burgués que considera al trabajador como una de las tantas mercancías en el proceso de valorización del capital. Si el proceso productivo termina, el obrero se convierte en inútil, un parado; pasa al ejército industrial de reserva. Puede dejar de vivir, basta que sobreviva en espera del próximo ciclo expansivo del capital y si mientras tanto muere no es un problema; habrá otros que ocupen su puesto. La verdad es que hay un conflicto real entre los intereses de la clase obrera y los intereses de la economía capitalista. La conservación y la futura prosperidad del capitalismo exigen el empobrecimiento de la población, y si los trabajadores prefieren empobrecerse para salvar el capitalismo, entonces se empobrecerán, como la dura escuela de la crisis está demostrando. Si la burguesía suprime ramos enteros de industria y no puede asegurarse la explotación de la fuerza del trabajo, dejando en el paro y compitiendo por la rebaja a los trabajadores, no debe ser el proletario el que continúe manteniendo la propia explotación a través del trabajo, que el desarrollo del mismo capital se encarga de eliminar. El proletariado, al contrario, debe poner la alternativa emancipadora y fascinante de toda su clase, garantizando así, a quién se quede sin trabajo, el salario íntegro. Así pues ésta no debe exigir más “asistencia”, sino que debe reivindicar el derecho de vivir contra sus explotadores. Por esto el movimiento de los trabajadores, el futuro sindicato de clase, debe poner entre sus objetivos, aquél general y por encima de cualquier categoría, del salario a los parados. Si la burguesía, clase que detenta toda riqueza, hoy no puede o no tiene interés de asegurar la continuidad de sus producciones, debe sin embargo asegurar la vida de los trabajadores pagando con los beneficios que ha acumulado en los largos años del desarrollo de la economía. ¡Esto solo puede ser impuesto por la fuerza! El proletario tiene una sola fuerza: el número y solo debe aprender a usarla. Entonces nada ni nadie podrán pararlo, será como un alud que envuelva todo a su paso.

Partito Comunista Internazionale Sede: via Porta di Sotto n.43, Schio (VI) – aperta il sabato dalle ore 16.00 alle 19.00